



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 9

CTX 113 CRISTOLOGÍA

Theissen, Gerd y Annette Merz. “Síntesis y reflexión hermenéutica”.
En *El Jesús histórico*, 612-615. Salamanca: Sígueme, 2000.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

adorado como un ser divino que, según indica el himno de Flp, había vivido y sufrido, antes de su exaltación, la vida humana en la forma más humillante... hasta la muerte afrentosa en cruz.

6. Síntesis y reflexión hermenéutica

¿Quién fue Jesús? La primera respuesta es: un carismático judío con una capacidad de irradiación y de irritación fuera de lo normal, al margen de todas las expectativas mesiánicas. Su *carisma* se manifestó en el hecho de atribuirse implícitamente una especial cercanía a Dios: corroboró sus palabras con un «amén» antepuesto, como si las hubiera recibido de Dios. Sus antítesis trascendían la *torá*, sin contradecirla. Potenció la metáfora tradicional del Padre de un modo que sugería una relación especial con Dios. Perdonaba los pecados, algo reservado exclusivamente a Dios. Y actuó con la conciencia de que Dios obraba milagros por su medio. No expuso ninguna doctrina sobre su persona; pero se manifestó con claridad sobre el Bautista, al que destacó por encima de todos los humanos. Se identificó con el personaje «próximo a venir» anunciado por el Bautista, aun siendo muy diferente a lo que éste había previsto. Sobrepasó al que fue, en expresión suya, más que todos los demás profetas. Su conciencia de autoridad es evidente.

Esta conciencia de autoridad trascendía las expectativas que despertó, sobre todo la *expectativa mesiánica*, muy viva entre el pueblo, en muchas variantes, junto a otras expectativas escatológicas. No estaba nada claro qué idea tenían de la mesianidad los que vieron en Jesús al «Mesías». Por eso él pudo rechazar una confesión mesiánica, sin negarse por ello a admitir el título de Mesías en general; lo que rechazó fue la idea expresada en una expectativa mesiánica específica (cf. Mc 8, 29 junto con 8, 33). Probablemente Jesús tuvo una conciencia mesiánica en el sentido más amplio del término; pero no quiso ejercer el rol de Mesías con exclusividad, sino junto con sus discípulos, a los que consideró como un colectivo mesiánico con la misión de gobernar a Israel. Activó en ellos sus esperanzas mesiánicas. Precisamente esta activación resultó funesta para él: la mesianidad que el pueblo le atribuyó fue el motivo de su crucifixión por los romanos. A éstos les importaba menos acabar con Jesús y su doctrina. Quisieron «crucificar» en él las expectativas mesiánicas del pueblo de Israel.

Como el Bautista no había ligado sus expectativas mesiánicas a un título, Jesús pudo renunciar a cualquier título mayestático preestablecido. El único término que se aplicó expresamente fue el de *Hijo del hombre...* y no era un título sino una expresión cotidiana, que Jesús llenó de contenido mesiánico... enlazando con ciertas visiones sobre un ser celestial que semeja-

ba un «hijo de hombre». No es ningún anacronismo moderno señalar que Jesús hizo de la expresión «hombre» el título mayestático decisivo. Dio al ser humano una dignidad superior a todos los otros títulos mayestáticos: Mesías, Hijo de Dios y *Kyrios*. Representó una cristología humana. Según la visión de Dan 7, el destino de Israel era sustituir los imperios animales por un reino humano. Jesús no esperó esto de alguien que fuera simplemente «como un hombre», sino de un ser humano real. Estaba convencido de ser ese hombre... y de llegar a manifestarlo en un futuro próximo. En un mundo de símbolos míticos, Jesús convierte esas imágenes en una especie de «humanismo». Esta cristología humana se cumplió en el destino de Jesús de un modo diferente a lo esperado. Cuando anunció el reino de Dios en Galilea y subió después a Jerusalén, él esperaba la pronta aparición del reino de Dios; pero fue condenado a muerte. El reino de Dios no llegó. No se produjo la intervención definitiva de Dios para salvar a Israel y al mundo. Dios intervino de otro modo: despertó de la muerte al crucificado, según la creencia de los discípulos. Sólo a través de la pasión y muerte alcanzó el «Hijo del hombre» su majestad. Todo lo que Jesús había dicho antes implícita y explícitamente sobre su persona, todo lo que otros habían esperado o temido, tuvo que ser reformulado a la luz de la cruz y la pascua.

Para la comprensión ulterior de la figura de Jesús resultó decisivo lo que pudo sobrevivir de su imagen a esta ruptura pascual. Porque con Jesús fueron crucificadas todas las expectativas implícitas, evocadas y explícitas, para resucitar a nueva vida, con la pascua, en la fe de los primeros cristianos. Los tres títulos revalidados en forma nueva después de pascua fueron «Mesías», «Hijo de Dios» e «Hijo del hombre», complementados con el culto a Jesús como *Kyrios* sin ningún antecedente prepascual. No hay un camino que lleve desde el tratamiento cotidiano de «señor» a la adoración del Exaltado como Señor que se sienta a la derecha de Dios.

El título de *mesías* quedó ligado a Jesús, desde la perspectiva pospascual, aún más estrechamente que antes. Ahora, además de encontrarse con unas expectativas mesiánicas, Jesús ha pasado a ser el Mesías. En él se han cumplido aquéllas, aunque de modo paradójico: por la pasión y muerte. La pasión del Mesías fue interpretada como asunción del pecado y la culpa. De ese modo se abrió el camino hacia los paganos. Porque éstos vivían, a los ojos de los judíos, en la terrible culpa del alejamiento del Dios uno y único. Jesús confirmó así, como Mesías de Israel, las antiguas promesas; confirmó que eran válidas en medio de un mundo dominado por el sufrimiento, y que iban dirigidas a todos los pueblos. El sentó las bases para un cristianismo que hoy está redescubriendo el judaísmo como su religión madre y no se sitúa ya por encima de él, sino que espera junto con él el cumplimiento de las promesas comunes en medio del mundo irredento.

El título de *Hijo de Dios* enlazaba con las expectativas mesiánicas, pero subrayaba de modo singular la unión de Jesús con Dios. No se cumplieron aquí unas expectativas humanas. Jesús era Hijo de Dios porque una voz divina lo había constituido en esa dignidad. Ya en el nuevo testamento, el título de Hijo caracteriza a Jesús como el revelador que hace oír la voz de Dios en el mundo. El EvJn, que presenta a Jesús como enviado de Dios cuya venida y presencia en el mundo es el mensaje decisivo, está determinado, y no por azar, por una cristología del «Hijo». Jesús es, como «Hijo», el representante de Dios en este mundo —una oportunidad para entablar, a través de él, el diálogo con el Dios oculto—.

Pero el centro de la reflexión cristológica debe ocuparlo el título de *Hijo del hombre*, que Jesús mismo marcó con su sello y convirtió en un título mesiánico. Con su cristología humana, Jesús otorgó al hombre una dignidad mesiánica. La fe pascual llevó a creer en un «hombre» transformado que, más allá de la frontera de la muerte, no dejaba de ser una criatura de Dios. Estas nuevas perspectivas liberan una fuerza utópica para superar en este «hombre nuevo», por asimilación, las diferencias tradicionales entre pueblos, clases y sexos: las diferencias entre judíos y griegos, entre esclavos y libres, entre hombres y mujeres (Gál 3, 28). La reflexión actual sobre Jesús puede ver en él una especie de metamorfosis de lo humano. Ya el cristianismo primitivo aplicó la visión de Daniel a Jesús: el reino de Dios introducido por el «humanoide» debía sustituir a los reinos animales. Una visión grandiosa había interpretado la historia humana como el tránsito desde las fieras a un «humanoide» aún no aparecido. A Jesús le fue encomendado el rol del humanoide. Y la pregunta es siempre si habrá seres humanos que se dejen arrastrar por la transformación operada en Jesús y, a pesar del hundimiento de todas las esperanzas en la muerte y la violencia, sean capaces de esperar, en medio de un mundo irredento, que la alianza con Dios haga posible una vida humana.

Todos los títulos reseñados hasta ahora quedan superados por la adoración de Jesús como *Kyrios*. En virtud de esa adoración, Jesús pasa a la proximidad de Dios para sus fieles. De ahí la necesidad de que esta adoración nunca pierda el entronque con el Jesús terreno... y con los contenidos que expresan los otros títulos cristológicos: Jesús, como Mesías, es hijo de Israel; toda relación con él es una relación con Israel. Como Hijo de Dios es representante de la voz de Dios en este mundo; toda relación con él es una relación con Dios. Como Hijo del hombre es una nueva figura de lo humano. La fe en él es participación en el proyecto inacabado de Dios en este mundo: en el ser humano, cuya historia y evolución no están aún concluidas. Lo problemático del título de *Kyrios* es que permite constituir a Jesús en una autoridad formal. El ser humano siente una necesidad inextirpable

de entregarse a autoridades absolutas. La historia de las religiones y del cristianismo muestra que la entrega a «señores» absolutizados puede activar energías peligrosas. De ahí que el señorío de Jesús o, con otra expresión, su autoridad, deba ir unida al Jesús galileo y judío, al amigo de los publicanos y pecadores, al crítico de los autojustificados, al mensajero de la gracia de Dios, a la víctima de la hostilidad sacerdotal y del poder estatal. En la primera mitad del siglo XX, la teología cristiana —en connivencia con una difundida mentalidad autoritaria— corrió el peligro de diseñar una cristología del *Kyrios* con arraigo mínimo en el Jesús terreno. El Cristo kerigmático, es decir, el adorado después de pascua como *Kyrios*, fue proclamado como un poder absoluto que impera e indulta. El rostro humano del Jesús terreno desapareció. Se difuminaron sus rasgos judíos. El Dios revelado por él podía convertirse en un Dios autoritario. Se consideró la búsqueda del Jesús histórico como una empresa fracasada de la teología liberal. El presente libro hace un balance provisional dentro de una reorientación de la teología que se ha producido durante la segunda mitad del siglo XX. Ha tratado de explicar quién fue Jesús; pero ha tratado también de facilitar un acceso a él que no esté distorsionado por imposiciones autoritarias.